

Se llamaba Francisco

Se llamaba Francisco, y era navarro. Su juventud le explotaba por todas partes: en el deporte era el primero, bailaba como el mejor, le gustaba soñar con ambiciones de poder, en situaciones de predominio, su cabeza no estaba llena de pájaros, sino de ideas: era un



intelectual nato, y pasaban por su imaginación las mejores universidades, las cátedras más difíciles, las asignaturas más complejas.

Soñaba en España y en Europa como lugares de sus triunfos intelectuales y humanos,... en su horizonte había honores, puestos brillantes en los colegios universitarios, en cargos de gobierno temporal o eclesiástico.

Le deslumbraba Europa, y le agradaban las mujeres, como él les deslumbraba a ellas.

Se llamaba Francisco, y era navarro. De sangre caliente, de alegría desbordada, de impulsos enérgicos, a veces desmedidos... y dejó el castillo de sus padres, prefirió lo intelectual a lo político, y brilló como ninguno en la vieja Sorbona parisiense, donde le esperaban libros, discusiones, filosofías y, sobre todo, sin

saberlo, la amistad. Buscaba ciencia, y junto con ella encontró compañeros: Láinez, Bobadilla, Salmerón, Fabro, Loyola, Rodríguez..., discutían de todo, y hablaban todas las lenguas, porque eran de todos los países.

Y él seguía ambicioso, deportista, brillante, danzarín, discudidor, joven. Pensaba en un porvenir de éxitos personales,... hasta que un día se dio cuenta que el mayor entre sus compañeros -total treinta y tantos años, ante los veintitantos que tenían los demás- le hablaba insistentemente, con palabras distintas... le habría horizontes que poco a poco iban empequeñeciendo a los que tenía en cabeza y corazón.

Se llamaba Francisco, y era navarro, y dio el salto a lo "diferente", y se dejó de cátedras y canonjías, y se hizo con los otros compañeros, Compañero de Jesús, y recorrió medio mundo en largas navegaciones arriesgadas con el crucifijo en una mano y el "Breviario" en la otra, con el deseo de hacer presente a Cristo en el corazón de todas las personas, y acabó, soñando en China, muriendo en la solitaria isla de Shian-Shian.

Muriendo, eso sí, de fatiga y de amor a sus hermanos los hombres, a sus alejados compañeros de Europa, a su constante e íntimo compañero, Jesús.

De joven se había hecho jesuita, y era ciudadano del mundo, y se llamaba Francisco de Javier.